

La concepción del hombre sobre lo que debe ser considerado conocimiento científico ha experimentado a lo largo de la historia un dilatado recorrido, en el que encontramos muy distintos asuntos y perspectivas asimismo diversas. Como es de esperar, en este tránsito se manifiestan aciertos y desaciertos, aproximaciones mejores y otras menos atinadas, explicaciones esclarecedoras y otras más peregrinas acerca de la complejidad del propio hombre y del mundo que lo rodea. Este afán de conocimiento, esta forma de aproximarse a la realidad que, de modo semejante a lo que ocurre en otros estilos de conocimiento, ha sido denominada también en la ciencia como verdad, es fuente de diversos y profundos debates. En la construcción del ideal mismo del conocimiento científico, y en su propósito de esclarecer la verdad de las cosas, los científicos procuraron por mucho tiempo la unicidad de criterios (al fin y al cabo la verdad no admite desdoblamientos) tanto en los caminos que buscan la dilucidación y la exactitud en la descripción del mundo y de las cosas mediante métodos y procedimientos, como en las teorías que explican su fenomenología y les otorgan orden y justificación. Así, a lo largo de la historia de la ciencia, los cambios en la delimitación de los objetos de conocimiento, lo mismo que las vías para su descripción y explicación, han variado enormemente. En los dos últimos siglos, por ejemplo, el rango de posibilidades exploratorias y explicativas que abarca posturas positivistas, constructivista, empiristas, racionalistas, objetivistas, interpretativistas, estructuralistas y funcionalistas, solo por mencionar algunas.

En el origen de todas estas búsquedas y hallazgos se encuentra el empeño de garantizar la episteme en la diversidad de las ciencias, tanto naturales y sociales. Es así como las perspectivas científicas moderna y contemporánea han heredado de las pioneras posturas positivistas la sistematicidad, el rigor en la concepción y la aplicación de los métodos y procedimientos como criterios de validez científica, a fin de que la generación de nuevos conceptos, relaciones teóricas y modelos explicativos sobre fenómenos variables tuvieran soporte en el orden y la regularidad de la observación, la descripción y la explicación.

Estas posturas objetivistas estuvieron lideradas y ejecutadas principalmente por las Ciencias Naturales. A su sombra, las Ciencias Sociales encararon el reto de encontrar una identidad en su esencia con relación al objeto de estudio, pues la ortodoxia objetivista resulta elusiva cuando de la persona humana se trata. Es así como las Ciencias Sociales se empeñaron (y aún se empeñan) en la concepción de nuevos métodos y procedimientos igualmente rigurosos pero apropiados a su objeto, que aparte de aproximarse a él con solvencia epistemológica, obtuvieran la aceptación del resto de la comunidad científica naturalista, poco permeable en principio a otra concepción de ciencia que no fuera la suya propia, y que en ocasiones terminaría siendo, por ello mismo, reduccionista y excluyente. En esta difícil andadura es menester reconocer el protagonismo de la Psicología en

tanto ciencia social pionera, pues abrió el camino a una nueva forma de hacer ciencia mediante la delimitación de fenómenos, variables y constructos plenamente justificados en razón de las dimensiones propias del ser humano y cuya naturaleza compleja dista de las precisiones de la medición planteadas hasta entonces por los naturalistas.

La aceptación de esta pluralidad de nuevas formas de aproximarse a la verdad significó varias décadas de trabajo académico y científico por parte de los científicos sociales. En este decurso, el éxito principal no consistió solo en adaptarse a las posturas objetivistas, sino sobre todo en abrir caminos propios a través de visiones interpretativistas y ecológicas en tanto dimensiones no necesariamente excluyentes en la construcción y validación del nuevo conocimiento.

Las ciencias de la educación, en particular las prácticas didácticas y pedagógicas, han sido beneficiarias directas del esclarecimiento de las posturas epistemológicas y metodologías científicas validadas en las ciencias sociales para el abordaje y comprensión de las complejas verdades de sus diversos objetos de estudios. La explicación de los científicos de la educación de la compleja dinámica principal que los ocupa (y que imbrica la interacción entre docentes y alumnos, los procesos de enseñanza y aprendizaje, los métodos y estrategias para su más apropiada ejecución y la obtención de teorías generales y sustantivas que enriquezcan el acervo científico en estas disciplinas), en efecto, ha encontrado allanado el camino por los pasos previos de los psicólogos, principalmente los dedicados a la psicología del desarrollo, la cognitiva y social.

En este panorama, Acción Pedagógica ha decidido dedicar un número monográfico a la compleja y diversa disciplina de la investigación educativa. Este número, en efecto, aborda la aplicación de distintos diseños de investigación en la labor docente con el propósito de describir y explicar la compleja realidad de los fenómenos suscitados en el aula que, por lo demás, se muestran bastante más complejos en cuanto nos adentramos en las múltiples dimensiones del hecho educativo.

El Comité Editorial se felicita por haber reunido el conjunto de trabajos de este número especial y desea reconocer el esfuerzo de todos los autores, que nos han confiado el producto de su investigación silenciosa, disciplinada y rigurosa destinada al mejor conocimiento de los procesos pedagógicos. Esperamos que todos estos esfuerzos, los de los investigadores y también los de quienes con su trabajo y constancia permiten que nuestra revista perviva, sean de la máxima utilidad e interés para nuestros lectores.

Édixon Chacón
Director



Editorial